

Fábulas, Tomo II

Felix M. Samaniego (1745-1801)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



Fábulas, Tomo II

Felix M. Samaniego (1745-1801)

*Fábulas en verso castellano para uso del Real Seminario
Vascongado*

*POR DON FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO, señor de las villas y
valles de Araya en la provincia de Álava, individuo de número
y literato de la Real Sociedad Vascongada, presidente de turno
de dicho seminario.*

*Nec aliud quidquam per Fabellas quaeritur, Quam corrigatur
error ut mortalium, Acuatque ses dihgens industria.*

(Phedr. Fab. Prol. Lib. II)

*Neque enim notare singulos mens est mihi; Verum ipsam
vitam, et mores hominum ostendere.*

(Phedr. Fab. Prol. Lib. III)

LIBRO SEXTO

FÁBULA PRIMERA - El pastor y el filósofo

De los confusos pueblos apartado,
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida,
Ni la extremada mísera pobreza
Fue del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció; sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron, finalmente,
Respetable varón, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo;



Felix María Samaniego (1745-1801) estudió en Valladolid y viajó a Francia, cuya influencia se advierte en la única obra por la que lo conocemos: las fábulas morales, 157 fábulas distribuidas en 9 libros, escritas por los alumnos del seminario de Vergara. Samaniego ridiculiza los defectos humanos en sus fábulas, imitando a los grandes fabulistas Fedro, Esopo y La Fontaine.

- Más fábulas de Samaniego
- Más obras de la Ilustración Española

Y llevado de nueva tan extraña,
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al Pastor: «Dime, ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo a la candela?
¿A Grecia y Roma sabias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platón has tú medido
O pesaste de Tulio el gran talento,
O tal vez, como Ulises, has corrido
Por ignorados pueblos y confusos
Observando costumbres, leyes y usos?»
«Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano),
Discurrí por incógnitos países.
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en el doblez y la patraña.
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un odio firme al vicio me ha inspirado,
Ejemplos de virtud da a mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el día de mañana.
Mi mastín, el hermoso
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante
Es el mejor modelo,
Y si acierto a copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina a sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.
Sabia naturaleza, mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo a las gentes
Con aire grave, tono jactancioso,
Pues saben los prudentes
Que, lejos de ser sabio el que así hable,
Será un búho solemne, despreciable.

Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado.
El hablador molesto e importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche a la urraca será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño,
Y usurpan a los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Únanse con los lobos en la caza,
Con milanos y halcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni aún merecen tener esos aliados.
No hay dañino animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último, en el libro interminable
De la naturaleza yo medito;
En todo lo creado es admirable:
Del ente más sencillo y pequeñito
Una contemplación profunda alcanza
Los más preciosos frutos de enseñanza.»
«Tu virtud acredita, buen anciano
(El Filósofo exclama),
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores;
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina.
Así quien sus verdades examina
Con la meditación y la experiencia,
Llegará a conocer virtud y ciencia.»

FÁBULA II - El hombre y la fantasma

Un joven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso,
Con sus males secretos retirado;
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
«¿Te falta la salud? Pues, caballero,
De todo tu dinero,

Nobleza, juventud y poderío
Sábeta que me río;
Trata de recobrarla, pues perdida,
¿De qué sirven los bienes de esta vida?»
Todo esto una Fantasma le previno,
Y al instante se fue como se vino.
El enfermo se cuida, se repone;
Un nuevo plan de vida se propone.
En efecto, se casa.
Cércale los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora.
La mujer (Dios nos libre), gastadora
Aun mucho más que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Más que nunca aburrido,
Se puso sobre un pie de economía,
Que estrechándola más de día en día,
Al fin se enriqueció con opulencia.
La Fantasma le dice: «En mi conciencia,
Que te veo amarillo como el oro;
Tienes tu corazón en el tesoro;
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladrón enarbolado;
Las noches pasas en mortal desvelo;
¿Y así quieres vivir?...¡Qué desconsuelo!»
El Hombre, como caso milagroso,
Se transformó de avaro en ambicioso.
Llegó dentro de poco a la privanza:
¡El señor don Dinero qué no alcanza!
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caída.
Resuélvese a dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
Que aun allí le persigue la Fantasma?
Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.
Pues ¿adónde irá el pobre caballero?...

Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FÁBULA III - El jabalí y el carnero

De la rama de un árbol un Carnero
Degollado pendía;
En él a sangre fría
Cortaba el remangado Carnicero.
El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo, ni pacía ni balaba.
Un jabalí gritó: «Cobarde gente,
Que miráis la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengáis del enemigo?»
«Tendrá, dijo un Carnero, su castigo,
Mas no de nuestra parte la venganza.
La piel que arranca con sus propias manos
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen a los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores;
Mira cómo los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.»

FÁBULA IV - El raposo, la mujer y el gallo

Con la orejas gachas
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un Gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta,
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
«Vecinos, que le lleva;
Que es el mío, vecinos.»
Oye el Gallo las quejas,
Y le dice al Raposo:

«Dila que no nos mienta,
 Que soy tuyo y muy tuyo.»
 Volviendo la cabeza,
 La responde el Raposo:
 «Oyes, gran embustera,
 No es tuyo, sino mío;
 Él mismo lo confiesa.»
 Mientras esto decía,
 El Gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol
 Canta que se las pela.
 El Raposo burlado
 Huyó; ¡quién lo creyera!
 Yo, pues a más de cuatro,
 Muy zorros en sus tretas,
 Por hablar a destiempo,
 Los vi perder la presa.

FÁBULA V - El filósofo y el rústico

La del alba sería
 La hora en que un Filósofo salía
 A meditar al campo solitario,
 En lo hermoso y lo vario,
 Que a la luz de la aurora nos enseña
 Naturaleza, entonces más risueña.
 Distráido sin senda caminaba,
 Cuando llegó a un cortijo, donde estaba
 Con un martillo el Rústico en la mano,
 En la otra un milano,
 Y sobre una portátil escalera.
 «¿Qué haces de esa manera?»,
 El Filósofo dijo.
 «Castigar a un ladrón de mi cortijo,
 Que en mi corral ha hecho más destrozos
 Que todos los ladrones en Torozos.
 Le clavo en la pared... ya estoy contento...
 Sirve a toda tu raza de escarmiento.»
 «El matador es digno de la muerte,
 El Sabio dijo, mas si de esa suerte
 El milano merece ser tratado,
 ¿De qué modo será bien castigado
 El hombre sanguinario, cuyos dientes
 Devoran a infinitos inocentes,
 Y cuenta como mísera su vida,

Si no hace de cadáveres comida?
Y aun tú, que así castigas los delitos,
Cenarías anoche tus pollitos.»
«Al mundo le encontramos de este modo,
Dijo airado el patán. Y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos.
Guárdese no le pille entre mis manos.»
El Sabio se dejó de reflexiones.

Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada día
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FÁBULA VI - La pava y la hormiga

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron,
Aquí y allí picando,
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decía a sus polluelos:
«Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengáis recelo,
Que yo también las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos míos:
¡Oh qué días los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¡Qué pocas navidades

Contaron mis abuelos!
 ¡Oh glotones humanos,
 Crueles carniceros!»
 Mientras tanto una Hormiga
 Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino
 Y gritó con denuedo:
 «¡Hola! con que los hombres
 Son crueles, perversos;
 ¿Y qué seréis los pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¡Qué digo! a todo el pueblo
 Sólo por desayuno
 Os le vais engullendo.»
 No respondió la Pava
 Por no saber un cuento,
 Que era entonces del caso,
 Y ahora viene a pelo.
 Un gusano roía
 un grano de centeno:
 Véronlo las Hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡Qué aspavientos!
 «Aquí fue Troya, dicen:
 Muere, pícaro perro»;
 Y ellas ¿qué hacían? Nada:
 Robar todo el granero.

Hombres, Pavos, Hormigas,
 Según estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo;
 Pero el delito propio
 No más que pasatiempo.

FÁBULA VII - El enfermo y la visión

«¡Conque de tus recetas exquisitas,
 Un Enfermo exclamó, ninguna alcanza!...»
 El médico se fue sin esperanza,
 Contando por los dedos sus visitas.
 Así desengañado,
 Y creciendo por horas su dolencia,

De este modo examina su conciencia:
«En todos mis contratos he logrado,
No lo niego, ganancia muy segura;
Trabajé en calcular mis intereses:
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Más por felicidad que por usura.
Sin rencor ni malicia
Hice que a mi deudor pusiesen preso:
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas, en fin, es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduje una familia muy honrada
A pobreza extremada,
Algún día leerán mi testamento.
Entonces, muerto yo, se hará patente,
En la tierra lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.»
Una Visión se acerca y dice: «Hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda a morir para ser bueno.
Una acción de piedad está en tu mano:
Tus prójimos, según sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.»
«¡Cien doblones! No es nada.
tY si, porque Dios quiera, no me muero,
Y después me hace falta ese dinero,
Sería caridad bien ordenada?»
«Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana.»
«¿Me muero? Pues que esperen a mañana.»
La Visión se volvió sin un ochavo.

FÁBULA VIII - El camello y la pulga

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal,
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada
Un Camello muy cargado
Exclamó, ya fatigado:

«¡Oh qué carga tan pesada!»
 Doña Pulga, que montada
 Iba sobre él, al instante
 Se apea, y dice arrogante:
 «Del peso te libro yo.»
 El Camello respondió:
 «Gracias, señor elefante.»

FÁBULA IX - El cerdo, el carnero y la cabra

Poco antes de morir el corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo
 Que han de ser de su muerte el instrumento,
 Y es feliz hasta el último momento.
 Así, cuando es el mal inevitable,
 Es quien menos prevé más envidiable.
 Bien oportunamente mi memoria
 Me presenta al Lechón de cierta historia.

Al mercado llevaba un carretero
 Un Murrano, una Cabra y un Carnero.
 Con perdón, el Cochino
 Clamaba sin cesar en el camino:
 «¡Ésta sí que es miseria!
 Perdido soy, me llevan a la feria.»
 Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!
 No dio en su esclavitud tales gemidos
 Hécuba la infelice.

El carretero al gruñidor le dice:
 «¿No miras al Carnero y a la Cabra,
 Que vienen sin hablar una palabra?»
 «¡Ay, señor, le responde, ya lo veo!
 Son tontos y no piensan.
 Yo preveo Nuestra muerte cercana.
 A los dos por la leche y por la lana
 Quizá no matarán tan prontamente;
 Pero a mí, que soy bueno solamente
 Para pasto del hombre... no lo dudo:
 Mañana comerán de mi menudo.
 Adiós, pocilga; adiós, gamella mía.»
 Sutilmente su muerte preveía.
 Mas ¿qué lograba el pensador Murrano?
 Nada, sino sentirla de antemano.
 El dolor ni los ayes es seguro
 Que no remediarán el mal futuro.

FÁBULA X - El león, el tigre y el caminante

Entre sus fieras garras oprimía
 Un Tigre a un Caminante.
 A los tristes quejidos al instante
 Un León acudió: con bizarría
 Lucha, vence a la fiera, y lleva al hombre
 A su regia caverna. «Toma aliento,
 Le decía el León; nada te asombre;
 Soy tu libertador; estáme atento.
 ¿Habrá bestia sañuda y enemiga
 Que se atreva a mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder, o que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable.
 Yo, yo solo, monarca poderoso;
 Domino en todo el bosque dilatado.
 ¡Cuántas veces la onza y aun el oso
 Con su sangre el tributo me han pagado!
 Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso
 Dan el más claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas.»
 «Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
 Los triunfos miro de tu fuerza airada,
 Contemplo a tu nación amedrentada;
 Al librarme venciste a mi enemigo.
 En todo esto, señor, con tu licencia,
 Sólo es digna del trono tu clemencia.
 Sé benéfico, amable,
 En lugar de despótico tirano;
 Porque, señor, es llano
 Que el monarca será más venturoso
 Cuanto hiciere a su pueblo más dichoso.»
 «Con razón has hablado;
 Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 Mi propia gloria en la desdicha ajena.
 En mis jóvenes años
 El orgullo produjo mil errores,
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
 Ellos me aseguraban de concierto
 Que por el mundo todo
 No reinan los humanos de otro modo,
 Tú lo sabrás mejor; dime, ¿y es cierto?»

FÁBULA XI - La muerte

Pensaba en elegir la reina Muerte
Un ministro de Estado:
Le quería de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
«El Tabardillo, Gota, Pulmonía
Y todas las demás enfermedades,
Yo conozco, decía,
Que tienen excelentes calidades.
Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,
Un ministro sería sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo,
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de éstos elijo... Mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.»
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia,
Y después de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la Intemperancia.

FÁBULA XII - El amor y la locura

Habiendo la Locura
Con el Amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al cielo
Venus, mas ¡con qué gritos!
Era madre y esposa:
Con esto queda dicho.
Queréllase a los dioses,
Presentando a su hijo:
«¿De qué sirven las flechas,
De qué el arco a Cupido,
Faltándole la vista
Para asestar sus tiros?
Quítensele las alas
Y aquel ardiente cirio,
Si a su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos.»

Atendiendo a que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y a que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
«Ordeno a la Locura,
Desde este instante mismo,
Que eternamente sea
De Amor el lazarillo.»

LIBRO SÉPTIMO

FÁBULA PRIMERA - El raposo enfermo

El tiempo, que consume de hora
en hora Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un Raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte
Que él mismo conocía
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
«¡ Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan,
Ahora, conjuradas en mi daño,
¿No veis cómo a mi lado se presentan?
Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes,
Al furor de mis garras, divididos.
Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tiene los oídos penetrados.»
Los raposos le afirman con tristeza,
No sin lamerse labios y narices:
«Tienes debilitada la cabeza;
Ni una pluma se ve de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese...»
«¡Oh glotones! callad; ya, ya os entiendo,
El enfermo exclamó; ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!
¿No sentís que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran experiencia.
Expuestos a las trampas y a los perros,
Matáis y perseguís a todo trapo,
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del gazapo.

Moderad, hijos míos, las pasiones;
 Observad vida quieta y arreglada,
 Y con buenas acciones
 Ganaréis opinión muy estimada.»
 «Aunque nos convirtamos en corderos,
 Le respondió un oyente sentencioso,
 Otros han de robar los gallineros
 A costa de la fama del Raposo.
 Jamás se cobra la opinión perdida:
 Esto es lo uno. A más, ¿usted pretende
 Que mudemos de vida?
 Quien malas mañas ha... ya usted me entiende.»
 «Sin embargo, hermanito, crea, crea...
 El enfermo le dijo. Mas ¡qué siento!...
 ¿No oís que una gallina cacarea?
 Esto sí que no es cuento.»
 Adiós, sermón; escápase la gente.
 El enfermo orador esfuerza el grito:
 «¿Os vais, hermanos? Pues tened presente
 Que no me haría daño algún pollito.»

FÁBULA II - Las exequias de la leona

En su regia caverna, inconsolable
 El rey león yacía,
 Porque en el mismo día
 Murió ¡cruel dolor! su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega.
 En la cóncava gruta resonaba
 Del triste rey el doloroso llanto;
 Allí los cortesanos entre tanto
 También gemían porque el rey lloraba;
 Que si el viudo monarca se riera,
 La corte lisonjera
 Trocara en risa el lamentable paso.
 Perdona la difunta: voy al caso.
 Entre tanto sollozo
 El ciervo no lloraba, yo lo creo;
 Porque, lleno de gozo,
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le había devorado
 Un hijo y la mujer al desdichado.
 El ciervo, en fin, no llora;
 El concurso lo advierte:

El monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.
«¿Cómo podré llorar, el ciervo dijo,
Si apenas puedo hablar de regocijo?
Ya disfruta, gran rey, más venturosa,
Los Elíseos Campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado, a la venida,
Muy cerca de la gruta aparecida.
Me mandó lo callase algún momento,
Porque gusta mostréis el sentimiento.»
Dijo así; y el concurso cortesano
Aclamó por milagro la patraña.
El ciervo consiguió que el soberano
Cambiase en amistad su fiera saña.

Los que en la indignación han incurrido
De los grandes señores
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que a más príncipes vicia
La adulación servil que la malicia.

FÁBULA III - El poeta y la rosa

Una fresca mañana,
En el florido campo
Un Poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una Rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca;
La toma, y dice ufano:
«Quiero, Rosa, que vayas
No más que por un rato
A que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
Mas no, no, pobrecita;
Que si vas a su lado,
Tendrás de su hermosura

Unos celos amargos.
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas
 Y tus pimpollos caros
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto a Clori bella,
 Es locura pensarlo.
 Marchita, cabizbaja,
 Te irías deshojando,
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo.»

La Rosa, que hasta entonces
 No despegó sus labios,
 Le dijo, resentida:
 «Poeta chabacano,
 Cuando a un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
 Del jardín de sus hechos
 Has de cortar los ramos.
 Por labrar su corona,
 No es justo que tus manos
 Desnuden otras sienes
 Que la virtud y el mérito adornaron.»

FÁBULA IV - El búho y el hombre

Vivía en un granero retirado
 Un reverendo Búho, dedicado
 A sus meditaciones,
 Sin olvidar la caza de ratones.
 Se dejaba ver poco, mas con arte:
 Al Gran Turco imitaba en esta parte.
 El dueño del granero
 Por azar advirtió que en un madero
 El pájaro nocturno
 Con gravedad estaba taciturno.
 El Hombre le miraba y se reía;
 «¡Qué carita de pascua! le decía;
 ¿Puede haber más ridículo visaje?
 Vaya, que eres un raro personaje.
 ¿Por qué no has de vivir alegremente
 Con la pájara gente,

Seguir desde la aurora
A la turba canora
De jilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?»
«Piensas a lo vulgar, eres un necio,
Dijo el solemne Búho con desprecio;
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduría en mi semblante:
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean: desde luego
Mi mérito conocen, no lo niego.»
«¡Ah tonto presumido!,
El Hombre dijo así; ten entendido
Que las aves, muy lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,
Como yo a aquellos hombres que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con extravagancias diferentes
Han llegado a doctores en la ciencia
De ser sabios no más que en la apariencia.»
De esta suerte de locos
Hay hombres como búhos, y no pocos.

FÁBULA V - La mona

Subió una Mona a un nogal.
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde;
Con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.

Así suele suceder
A quien su empresa abandona.
Porque halla, como la mona,
Al principio qué vencer.

FÁBULA VI - Esopo y un ateniense

Cercado de muchachos
 Y jugando a las nueces,
 Estaba el viejo Esopo
 Más que todos alegre.
 «¡Ah pobre! ya chochea»,
 Le dijo un Ateniense.
 En respuesta, el anciano
 Coge un arco que tiene
 La cuerda floja, y dice:
 «Ea, si es que lo entiendes,
 Dime, ¿qué significa
 El arco de esta suerte?»
 Lo examina el de Atenas,
 Piensa, cavila, vuelve,
 Y se fatiga en vano
 Pues que no lo comprende.
 El frigio victorioso
 Le dijo: «Amigo, advierte
 Que romperás el arco
 Si está tirante siempre;
 Si flojo, ha de servirte
 Cuando tú lo quisieres.»

Si al ánimo estudioso
 Algún recreo dieren,
 Volverá a sus tareas
 Mucho más útilmente.

FÁBULA VII - Demetrio y Menandro

Si te falta el buen nombre,
 Fabio, en vano presumes
 Que en el mundo te tengan por grande hombre,
 Sin más que por tus galas y perfumes.

Demetrio el Faleriano se apodera
 De Atenas, y aunque fue con tiranía,
 De agradable manera
 Los del vulgo le aclaman a porfía.
 Los grandes y los nobles distinguidos
 Con fingido placer la mano besan
 Que los tiene oprimidos;
 Aun a los que en el ocio se embelesan,

Y la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento.
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó, sin conocerle,
Demetrio. Con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra. Al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Arconte prorrumpió, enojado:
«Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?»
«Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor.» Al punto muda
De semblante el tirano;
Al escritor saluda,
Y con grata expresión le da la mano.

FÁBULA VIII - Las hormigas

Lo que hoy las Hormigas son,
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo extraño
Hacían su provisión.
Júpiter, que tal pasión
Notó de siglos atrás,
No pudiendo aguantar más,
En hormigas los transforma:
Ellos mudaron de forma;
¿Y de costumbres? Jamás.

FÁBULA IX - Los gatos escrupulosos

A las once y aún más de la mañana
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar a la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A *Micifuf* y *Zapirón* hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos,
Se avanzan a probar de los cocidos.
«¡Fu, dijo *Zapirón*, maldita olla!
¡Cómo abrasa! Veamos esa polla
Que está en el asador lejos del fuego.»

Ya también escaldado, desde luego
 Se arrima *Micifuf*, y en un instante
 Muestra cada trinchante
 Que en el arte cisoría, sin gran pena,
 Pudiera dar lecciones a Villena.
 Concluido el asunto,
 El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum si se podía o no en conciencia
 Comer el asador. «¡Oh qué demencia!
 Exclamó *Zapirón* en altos gritos,
 ¡Cometer el mayor de los delitos!
 ¿No sabes que el herrero
 Ha llevado por él mucho dinero,
 Y que, si bien la cosa se examina,
 Entre la batería de cocina
 No hay un mueble más serio y respetable?
 Tu pasión te ha engañado, miserable.»
Micifuf en efecto
 Abandonó el proyecto;
 Pues eran los dos Gatos
 De suerte timoratos,
 Que si el diablo, tentando sus pasiones,
 Les pusiese asadores a millones
 (No hablo yo de las pollas), o me engaño,
 O no comieran uno en todo el año.

DE OTRO MODO

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapirón*
 Se comieron un capón,
 En un asador metido.
 Después de haberse lamido,
 Trataron en conferencia
 Si obrarían con prudencia
 En comerse el asador.
 ¿Le comieron? No señor.
 Era caso de conciencia.

FÁBULA X - El águila y la asamblea de los animales

Todos los animales cada instante
 Se quejaban a Júpiter tonante
 De la misma manera
 Que si fuese un alcalde de montera.

El Dios, y con razón, amostazado
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez a las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De receptor envía desde el cielo
Al Águila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los animales
Y expusieron en suma cosas tales.
Pidió el león la astucia del raposo,
Este de aquél lo fuerte y valeroso;
Envidia la paloma al gallo fiero,
El gallo a la paloma lo ligero.
Quiere el sabueso patas más felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;
Y en fin, cosa inaudita,
Los peces, de las ondas ya cansados,
Quieren probar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Después de oírlo todo,
El Águila concluye de éste modo:
«¿Tes, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contenta,
No se encuentra feliz ningún destino?
Pues ¿para qué envidiar el del vecino?»
Con sólo este discurso,
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dio por convencido.

De modo que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte a sus hermanos.

FÁBULA XI - La paloma

Un pozo pintado vio
Una Paloma sedienta:
Tiróse a él tan violenta,
Que contra la tabla dio.
Del golpe, al suelo cayó,
Y allí muere de contado.

De su apetito guiado,
 Por no consultar al juicio,
 Así vuela al precipicio
 El hombre desenfrenado.

FÁBULA XII - El chivo afeitado

«Vaya una quisicosa.
 Si aciertas, Juana hermosa,
 Cuál es el animal más presumido,
 Que rabia por hacerse distinguido
 Entre sus semejantes,
 Te he de regalar un par de guantes.
 No es el pavón, ni el gallo,
 Ni el león, ni el caballo;
 Y así, no me fatigues coa demandas.»
 «¿Será tal vez... el mono?» «Cerca le andas.»
 «¿El mico?» «Que te quemas;
 Pero no acertarás: no, no lo temas.
 Déjalo, no te canses el caletre.
 Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.»
 Este vano orgulloso
 Pierde tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura.
 No para en los adornos su locura;
 Hace estudio de gestos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones.
 De perfumes va siempre prevenido;
 No quiere oler a hombre ni en descuido.
 Que mire, marche o hable,
 En todo busca hacerse remarcable.
 ¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
 Cuanto más se distingue, más desprecio.
 En la historia siguiente yo me fundo.
 Un Chivo, como muchos en el mundo,
 Vano extremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente.
 «¡Qué lástima, decía,
 Que esté mi juventud y lozanía
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada!
 ¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
 No tienen ni aun bigotes los varones;
 Pues ya cuentan que son los moscovitas,

Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.»
La historia fue en Tetuán, y todo el día
La barberil guitarra se sentía,
El Chivo fue, guiado de su tono,
A la tienda de un mono,
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño a la campaña.
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian de manera,
Que no hay más que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que rió como un muchacho.

LIBRO OCTAVO

FÁBULA PRIMERA - El naufragio de Simónides

A Elisa

En tanto que tus vanas compañeras,
 Cercadas de galanes seductores,
 Escuchan placenteras
 En la escuela de Venus los amores,
 Elisa, retirada te contemplo
 De la diosa Minerva al sacro templo.
 Ni eres menos donosa,
 Ni menos agraciada
 Que Clori, ponderada
 De gentil y de hermosa:
 Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
 Huir en tu retiro los placeres?
 ¡Oh sabia, qué bien haces
 En estimar en poco la hermosura,
 Los placeres fugaces,
 El bien que sólo dura
 Como rosa que el ábrego marchita!
 Tu prudencia infinita
 Busca el sólido bien y permanente
 En la virtud y ciencia solamente.
 Cuando el tiempo implacable con presteza
 O los males tal vez inopinados,
 Se lleven la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos días que se fueron
 Y a juegos vanos tus amigas dieron;
 Pero a tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consuma:
 Siempre serás feliz, siempre estimable.
 Eres sabia, y en suma
 Este bien de la ciencia no perece.
 Oye cómo esta fábula lo explica,
 Que mi respeto a tu virtud dedica.
 Simónides en Asia se enriquece,
 Cantando a justo precio los loores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sabio poeta, con deseo
 De volver a su amada patria Ceo,

Se embarca, y en la mar embravecida
Fue la mísera nave sumergida.
De la gente a las ondas arrojada,
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan a tierra, afortunados,
Con las náufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados, perecieron.
A Clecémone van. Allí vivía
Un varón literato, que leía
Las obras de Simónides, de suerte
Que al conversar los náufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce; le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Pero a sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II - El filósofo y la pulga

Meditando a sus solas cierto día.
Un pensador Filósofo decía:
«El jardín adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando a todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.

Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo, en la playa envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido

A que las olas tienen por empleo
 Sólo satisfácele su deseo,
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos peces.
 No hay, prosigue el Filósofo profundo,
 Animal sin orgullo en este mundo.
 El hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.

 Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve a mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo a mis pies los mares espaciosos,
 Y los bosques umbrosos,
 Poblados de animales diferentes,
 Las escamosas gentes,
 Los brutos y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene alimento
 En la tierra, en el agua y en el viento,
 Y digo finalmente: Todo es mío.
 ¡Oh grandeza del hombre y poderío!»

 Una Pulga que oyó con gran cachaza
 Al Filósofo maza,
 Dijo: «Cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo a mis pies aquel instante
 Nada menos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente: Todo es mío.
 ¡Oh grandeza de pulga y poderío!»
 Así dijo, y saltando se le ausenta.

De este modo se afrenta
 Aun al más poderoso
 Cuando se muestra vano y orgulloso.

FÁBULA III - El cazador y los conejos

Poco antes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo

Por la faz de la tierra,
De cazador armado,
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la hierba;
Otro, cual jardinero,
Las florecillas siega;
El tomillo y romero
Éste y aquél cercenan;
Entre tanto al más gordo
Fabio su tiro asesta;
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que a muchos pareciera
Que, salvo el muerto, a todos
Se los tragó la tierra.
Después de tanto espanto,
¿Habría alguno que crea
Que de allí a poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece
Mas no se admiren de ella.
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FÁBULA IV - El filósofo y el faisán

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman, saludando al día,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia;
Interrúmpese el canto;

Las aves vuelan a mayor distancia;
Todos los animales, asustados,
Huyen delante de él precipitados,
Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con cauto paso ocultamente;
Descubre sobre un árbol eminente
A un faisán, rodeado de su cría,
Que con amor materno la decía:
«Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y halcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana,
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja, que labra sus panales
Artificialmente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa, en suma,
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien, incomparable,
De ayudar a las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores
Y que toda perversa criatura,
Huiréis con horror de su figura.»
Así charló, y el hombre se presenta.
«Ese es», grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡Oh cómo habló el Faisán! «Mas ¡qué dijera
El Filósofo exclama, si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos.»

FÁBULA V - El zapatero médico

Un inhábil y hambriento Zapatero
En la corte por médico corría:
Con un contraveneno que fingía
Ganó fama y dinero.

Estaba el Rey postrado en una cama,
De una grave dolencia;
Para hacer experiencia
Del talento del médico, le llama.

El antídoto pide, y en un vaso
Finge el Rey que le mezcla con veneno:
Se lo manda beber; el tal Galeno
Teme morir, confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia
Logró hacerse doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el Rey al pueblo. «¡Qué demencia

Es la vuestra, exclamó, que habéis fiado
La salud francamente
De un hombre a quien la gente
Ni aun quería fiarle su calzado!»

Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatán su renta.

FÁBULA VI - El murciélago y la comadreja

Cayó, sin saber cómo,
Un Murciélago a tierra;
Al instante le atrapa
La lista Comadreja.
Clamaba el desdichado,
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: «Muere;
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.»
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
«Que él es ratón, cual todos
Los de su descendencia»
Con esto ¡qué fortuna!
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,

No sé de qué manera,
 Segunda vez le pilló:
 Él nuevamente ruega;
 Mas ella le responde
 «Que Júpiter la ordena
 Tenga paz con las aves,
 Con los ratones guerra.»
 «¿Soy yo ratón acaso?
 Yo creo que estás ciega.
 ¿Quieres ver cómo vuelo?»
 En efecto, le deja,
 Y a merced de su ingenio
 libre el pájaro vuela.

Aquí aprendió de Esopo
 La gente marinera,
 Murciélagos que fingen
 Pasaporte y bandera.
 No importa que haya pocos
 Ingleses comadrejas;
 Tal vez puede de un riesgo
 Sacarnos una treta.

FÁBULA VII - La mariposa y el caracol

Aunque te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo a los cuernos de la luna,
 Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio
 Tanto como eres grande serás necio.
 ¡Qué! ¿Te irritas? ¿Te ofende mi lenguaje?
 «No se habla de ese modo a un personaje.»
 Pues haz cuenta, señor, que no me oíste,
 Y escucha a un Caracol. Vaya de chiste

En un bello jardín, cierta mañana,
 Se puso muy ufana
 Sobre la blanca rosa
 Una recién nacida Mariposa.
 El sol resplandeciente
 Desde su claro oriente
 Los rayos esparcía;
 Ella, a su luz, las alas extendía,
 Sólo porque envidiasen sus colores
 Manchadas aves y pintadas flores.
 Esta vana, preciada de belleza,

Al volver la cabeza,
Vio muy cerca de sí, sobre una rama,
A un pardo Caracol. La bella dama,
Irritada, exclamó: «¿Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera?
O mátales al instante, o vaya fuera.»
«Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
Respondió el Caracol, en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aún no hace cuatro días
Que gustosa solías
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacía honor en ser tu amigo?
¿No es también evidente
Que eres por línea recta descendiente
De las orugas, pobres hilanderos,
Que, mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejían
Un fardo, en que el invierno se metían,
Como tú te has metido,
Y aún no hace cuatro días que has salido?
Pues si éste fue tu origen y tu casa;
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar a un caracol honrado?»

El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.

FÁBULA VIII - Los dos titiriteros

Todo el pueblo, admirado,
Estaba en una plaza amontonado,
Y en medio se empinaba un Titiritero,
Enseñando una bolsa sin dinero.

«Pase de mano en mano, les decía;
Señores, no hay engaño, está vacía.»
Se la vuelven; la sopla, y al momento
Derrama pesos duros, ¡qué portento!
Levántase un murmullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro Titiritero a competencia.
Queda en expectación la concurrencia
Con silencio profundo.
Cesó el primero, y empezó el segundo.
Presenta de licor unas botellas;
Algunos se arrojaron hacia ellas,
Y al punto las hallaron transformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones;
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Les echaron la garra muy ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.
«Sople usted»; sopla el hombre apresurado,
Y le cierra los labios un candado.
A un abate arrimado a su cortejo
Le presenta un espejo,
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vio con las orejas de pollino.
A un santero le manda
Que se acerque; le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.
A un joven desenvuelto y rozagante:
Le regala un diamante:
Éste le dio a su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto,
Item más, sin narices y sin dientes.
Allí fue la rechifla de las gentes,
La burla y la chacota.
El primer Titiritero se alborota;
Dice por el segundo con denuedo:
«Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina.
Que declare su nombre.»
El concurso lo pide, y el buen hombre
Entonces, más modesto que un novicio,
Dijo: «No soy el diablo, sino el vicio.»

FÁBULA IX - El raposo y el perro

De un modo muy afable y amistoso
El Mastín de un pastor con un Raposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierta día
El Zorro a su compadre le decía:
«Estoy muy irritado;
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circumcirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera...» En esto el Zorro calla,
Y erizado se agacha. «Soy perdido,
Dice, los cazadores he oído.
¿Qué me sucede?» «Nada.
No temas, le responde el camarada;
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar haldas en cinta a mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas.»
«No estoy, dijo el Raposo, para fiestas:
Vete con tus gallinas y tus cestas,
Y satiriza a otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladrón?» «En mi conciencia,
Que hablé, dijo el Mastín, con inocencia.
¿Yo pensar que has robado gallinero,
Cuando siempre te vi como un cordero?»
«¡Cordero! exclama el Zorro; no hay aguante.
Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada.»
«¡Hola! concluye el Perro, Camarada,
El ladrón es usted, según se explica»
El estuche molar al punto aplica
Al mísero Raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso,
Que de las fabuliilas se resiente.
Si no estás inocente,
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

LIBRO NOVENO

FÁBULA PRIMERA - El gato y las aves

Charlatanes se ven por todos lados,
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios ¡cosa rara!
A todo el mundo por su linda cara.
Éste, químico y médico excelente,
Cura a todo doliente;
Pero gratis: no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis por afición, a cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algún engaño.
La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones,
El señor *Minimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa a la campaña.
En paraje sombrío,
A la orilla de un río,
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El Gatazo callaba como un muerto,
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban a su mano
Los músicos volantes, pues quería
Minimiz arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *Bravo, bravo*.
La turba calla; cada cual procura
Alejarse o meterse en la, espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.
«No soy Gato montés o campesino;
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fui Gato de un maestro de capilla;

La música aprendí, y aún, si me empeño,
 Veréis cómo os la enseño,
 Pero gratis y en menos de una hora.
 ¡Qué cosa tan sonora
 Será el oír un coro de cantores,
 Verbigracia calandrias ruiseñores!»
 Con estas y otras cosas diferentes,
 Algunas de las aves inocentes
 Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron;
 Todas en torno a él se colocaron.
 Entonces con más gracia
 Y más diestro que el músico de Tracia,
 Echando su compás hacia el más gordo,
 Consigue gratis merendarse un tordo.

FÁBULA II - La danza pastoril

A la sombra que ofrece
 Un gran peñón tajado,
 Por cuyo pie corría
 Un arroyuelo manso,
 Se formaba en estío
 Un delicioso prado.
 Los árboles silvestres
 Aquí y allí plantados,
 El suelo siempre verde,
 De mil flores sembrado,
 Más agradable hacían
 El lugar solitario.
 Contento en él pasaba
 La siesta, recostado
 Debajo de una encina,
 Con el albugue, Bato.
 Al son de sus tonadas,
 Los pastores cercanos,
 Sin olvidar algunos
 La guarda del ganado,
 Descendían ligeros
 Desde la sierra al llano.

Las honestas zagalas,
 Según iban llegando,
 Bailaban lindamente,
 Asidas de las manos,
 En tomo de la encina
 Donde tocaba Bato.

De las espesas ramas
Se veía colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidía
Un mayoral anciano;
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volvieran
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guimalda
Que pendía del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala
Que con sencillo agrado
Supo ganar a todas
En modestia y recato.
Si la virtud premiaran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiría
Desde la corte al campo.

FÁBULA III - Los dos perros

Procure ser en todo lo posible,
El que ha de reprender, irrepreensible.

Sultán, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de camero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
Le encuentra con la presa encaminado
Ojo al través, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.
«¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado *Sultán*?» *Pinto* le dice;
«¿No sabes, infelice,
Que un Perro infiel, ingrato,
No merece ser Perro, sino gato?
¡Al amo, que nos fía
La custodia de casa noche y día,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,

Le das tan buena cuenta,
 Que le robas, goloso,
 La pierna del camero más jugoso!
 Como amigo te ruego
 No la maltrates más: déjala luego.»
 «Hablas, dijo *Sultán*, perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Di, ¿te la comerás, si yo la dejo?»

FÁBULA IV - La moda

Después de haber corrido
 Cierta danzante mono
 Por cantones y plazas,
 De ciudad en ciudad, el mundo todo,
 Logró, dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo,
 Volverse libremente
 A los campos del África orgulloso.
 Los monos al viajero
 Reciben con más gozo
 Que a Pedro el zar los rusos,
 Que los griegos a Ulises generoso.
 De leyes, de costumbres,
 Ni él habló ni algún otro
 Le preguntó palabra;
 Pero de trajes y de modas todos.
 En cierta jerigonza,
 Con extranjero tono
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo más *remarcable* a los curiosos.
 «Empecemos, decían,
 Aunque sea por poco.»
 Hicieronse zapatos
 Con cáscaras de nueces, por lo pronto;
 Toda la raza mona
 Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era
 Faltar a la decencia y al decoro.
 Un leopardo hambriento
 Trepa para los monos:
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto.
 Las chinelas lo estorban,

Y de muy fácil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo a su placer dos mil destrozos.
En Tetuán, desde entonces
manda el senado docto
Que cualquier uso o moda,
De países cercanos o remotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse,
En junta de políticos, a fondo
 Con tan justo decreto
Y el suceso horroroso,
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarían de ser monos.

FÁBULA V - El lobo y el mastín

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponían
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querían
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar a vida ni un cabrito.
Hallóse cara a cara
Un Mastín con el Lobo de repente,
Y cada cual se para,
Tal como en Zama estaban frente a frente,
Antes de la batalla, muy serenos
Aníbal y Scipión, ni más ni menos.
En esta suspensión, treguas propone
El Lobo a su enemigo.
El Mastín no se opone,
Antes le dice: «Amigo,
Es cosa bien extraña, por mi vida,
Meterse un señor Lobo a cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al jabalí, que venza al oso.
Mas ¿qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?»
El Lobo le responde: «Camarada,
Tienes mucha razón; en adelante

Propongo no comer sino ensalada.»
 Se despiden y toman el portante.
 Informados del hecho
 Los pastores, se apuran y patean;
 Agarran al Mastín y le apalean.
 Digo que fue bien hecho;
 Pues en vez de ensalada, en aquel año
 Se fue comiendo el Lobo su rebaño.

¿Con una reprensión, con un consejo
 Se pretende quitar un vicio añejo?

FÁBULA VI - La hermosa y el espejo

Anarda la bella
 Tenía un amigo
 Con quien consultaba
 Todos sus caprichos:
 Colores de moda,
 Más o menos vivos,
 Plumas, sombreroete,
 Lunares y rizos
 Jamás en su adorno
 Fueron admitidos,
 Si él no la decía:
Gracioso, bonito.
 Cuando su hermosura,
 Llena de atractivo,
 En sus verdes años
 Tenía más brillo,
 Traidoras la roban
 (Ni acierto a decirlo)
 Las negras viruelas
 Sus gracias y hechizos.
 Llegóse al Espejo:
 Éste era su amigo;
 Y como se jacta
 De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente
 La verdad la dijo.
 Anarda, furiosa;
 Casi sin sentido,
 Le vuelve la espalda,
 Dando mil quejidos.
 Desde aquel instante

Cuentan que no quiso
Volver a consultas
Con el señor mío.
«Escúchame, Ánarda:
Si buscas amigos
Que te representen
Tus gracias y hechizos,
Mas que no te adviertan
Defectos y aún vicios,
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo,
Dime, ¿de qué modo
Podrás corregirlos?»

FÁBULA VII - El viejo y el chalán

«Fabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasión, que le domina;
Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuanto pide el empleo que pretende.»
«Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?...»

Trataba un Viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones;
Le decía el Chalán estas razones:
«Con un collar de hierro
Que tenga el animal, échenle gente:
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...»
«¿Goloso? dice el rico; no le quiero»
«No es para marmitón ni despensero,
Continúa el Chalán muy presuroso;
Sino para valiente centinela.»
«Menos, concluye el Viejo;
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entre tanto la cazuela.»

FÁBULA VIII - La gata con cascabeles

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
 Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla,
 Del alto corredor y la guardilla
 Van saltando los gatos de uno en uno.
 Congrégase al instante
 Tal concurso gatuno
 En tomo de la dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas
 Apenas divisarla se podía.
 Ella con mil monadas
 El cascabel parlero sacudía;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo que por juguete
 Quitó el collar al perro su señora,
 Y se lo puso a ella.
 Cierta que *Zapaquilda* estaba bella.
 A todos enamora,
 Tanto, que en la gatesca compañía
 Cuál dice su atrevido pensamiento
 Cuál se encrespa celoso;
 Riñen éste y aquél con ardimiento,
 Pues con ansia quería
 Cada gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garraf* gato prudente,
 Y a los enfurecidos
 Les grita: «Novel gente,
 ¡Gata con cascabeles por esposa!
 ¿Quién pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta
 Y que la dama hambrienta
 Necesita sin duda que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provisión en los desvanes,
 Mientras ella, cercada de galanes,
 Porque el mundo la vea,
 De tejado en tejado se pasea?»
 Marchóse *Zapaquilda* convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.

¡Cuántos chascos se llevan en la vida

Los que no miran más que la apariencia!

FÁBULA IX - El ruiseñor y el mochuelo

Una noche de Mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde, según reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenía
Su habitación Morfeo;
Cuando todo viviente
Disfrutaba de dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Después de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo
Cuando, sin saber cómo,
Un cazador mochuelo
Al músico arrebató
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamás Pan con la flauta
Igualó sus gorjeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo;
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudían su muerte; yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese a despertarme
Mientras que yo dormía en blando lecho,
En lugar de los *bravos*
Diría: «Caballero, ¡Que no viniese ahora
Para tal ruiseñor algún mochuelo!»

Clori tiene mil gracias
¿Y gué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas a su tiempo.

FÁBULA - El amo y el perro

«Callen todos los perros de este mundo

Donde está mi *Palomo*;

Es fiel, decía el Amo, sin segundo,

Y me guarda la casa... Pero ¿cómo?

Con la despensa abierta

Le dejé cierto día:

En medio de la puerta,

De guardia se plantó con bizarría.

Un formidable gato,

En vez de perseguir a los ratones,

Se venía, guiado del olfato,

A visitar chorizos y jamones.

Palomo le despide buenamente;

El gato se encrespa y acalora;

Riñen sangrientamente,

Y mi guarda *jamones* le devora.»

Esto contaba el Amo a sus amigos,

Y después a su casa se los lleva

A que fuesen testigos

De tal fidelidad en otra prueba.

Tenía al buen Palomo prisionero

Entre manidas pollas y perdices;

Los sebosos riñones de un carnero

Casi casi le untaban las narices.

Dentro de este retiro a penitencia

El triste fue metido,

Después de algunos días de abstinencia.

Al fin, ya su señor, compadecido,

Abre con sus amigos el encierro:

Sale rabo entre piernas, agachado;

Al Amo se acercaba el pobre Perro,

Lamiéndose el hocico ensangrentado.

El dueño se alborota y enfurece

Con tan fatales nuevas.

Yo le preguntaría: ¿Y qué merece

Quien la virtud expone a tales pruebas?

FÁBULA XI - Los dos cazadores

Que en una marcial función,

O cuando el caso lo pida,

Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón.
Pero el que por diversión
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera
O peligros no menores,
Sepa de dos Cazadores
Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente
Vieron venir frente a frente
Al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos a Carranza.

FÁBULA XII - El gato y el cazador

Cierto Gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda su destino
(Que no sería Gato de convento),
Pasó de ciudadano a campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el novel ermitaño
Probaría la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte; le persigue,
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero;
Quiere darle la muerte;
El animal le dice: «Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,

Metido en la prisión, y sin delito.»
 «¿Sin delito, me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes?»
 «Señor, eran conejos y perdices,
 Y yo no hacía más, a fe de Gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato.»
 «Ea, pícaro, muere;
 Que tu mala razón no satisface.»

Con que sea la cosa que se fuere,
 ¿La podrá usted hacer, si otro la hace?

FÁBULA XIII - El pastor

Salido usaba tañer
 La zampoña todo el año,
 Y por oírle el rebaño,
 Se olvidaba de pacer.
 Mejor sería romper
 La zampoña al tal Salicio;
 Porque si causa perjuicio,
 En lugar de utilidad,
 La mayor habilidad,
 En vez de virtud, es vicio.

FÁBULA XIV - El tordo flautista

Era un gusto el oír, era un encanto,
 A un Tordo gran flautista; pero tanto,
 Que en la gaita gallega,
 O la pasión me ciega,
 O a Misón le llevaba mil ventajas.
 Cuando todas las aves se hacen rajas
 Saludando a la aurora,
 Y la turba confusa charladora
 La canta sin compás y con destreza
 Todo cuanto la viene a la cabeza,
 El flautista empezó: cesó el concierto
 Los pájaros con tanto pico abierto
 Oyeron en un tono soberano
 Las folias, la gaita y el villano.
 Al escuchar las aves tales cosas,

Quedaron admiradas y envidiosas.
Los jilgueros, preciados de cantores,
Los vanos ruseñores,
Unos y otros corridos,
Callan, entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: «Camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos.

Sabed que con un hábil zapatero
Estudié un año entero:
Él dale que le das a sus zapatos,
Y altemandando, silbábamos a ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver a las aves, de mi parte,
Lo que gana el ingenio con el arte».

FÁBULA XV - El raposo y el lobo

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un Lobo le dijo:
«Hola, buen hermano,
Diga, ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?»
«¡Ay de mí! responde;
Un maldito rastro
Me llevó a una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Después de algún tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.»
El Lobo le dice:
«Creíble es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo
Y desorejado
Por ciertos mastines,

Guardas de un rebaño.
 Soy de estas montañas
 El Lobo decano;
 Y como conozco
 Las mañas de entrambos,
 Temo que acabemos,
 No digo enmendados,
 Sino tú en la trampa,
 Y yo en el rebaño.»

¡Que el ciego apetito
 Pueda arrastrar tanto!
 A los brutos pase.
 ¡Pero a los humanos!...

FÁBULA XVI - El ciudadano pastor

Cierto joven leía
 En versos excelentes
 Las dulces pastorelas
 Con el mayor deleite.
 Tenía la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastores y zagalas,
 Zampoñas y rabeles.
 Al fin, cierta mañana
 Prorrumpe de esta suerte:
 «¡Yo he de estar prisionero,
 Cercado de paredes,
 Esclavo de los hombres
 Y sujeto a las leyes,
 Pudiendo entre pastores
 Grata y sencillamente
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marchó para siempre.
 Allí naturaleza
 Me brinda con sus bienes,
 Los árboles y ríos
 Con frutas y con peces,
 Los ganados y abejas
 Con la miel y la leche;
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen

En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,
¿Cuántas y cuántas veces,
Al son de dulces flautas
Y sonoros rabeles,
Oiré a los pastores
Que discretos contienen,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya diviso
Entre el ramaje verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pie de un olmo,
Una guirnalda teje.
¿Si será para Mopso?..»
Tanto el joven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,
Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un rabadán encuentra,
Y le pregunta alegre:
«Dime, ¿es de Melibeo
Ese ganado?» «Miente,
Que es mío; y sobre todo,
Sea de quien se fuere.»
No respondió el buen hombre
Muy poéticamente.
El joven, temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar más palabra,
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la pastora viese.
«¡Oh Nise fermentida!
Exclama; ¡cuántas veces,
Siendo niña, querías
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!»
Diciendo así, se acerca,

La moza se revuelve,
 Y dándole un bufido,
 En las breñas se mete.
 Sorprendido el mancebo,
 Dice: «¿Qué me sucede?
 ¿Son éstos los pastores
 Discretos, inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 A nuevos desengaños
 Ya no quiero exponerme.»
 Rendido, caviloso,
 A la ciudad se vuelve.

Yo siento a par del alma
 Que no se detuviese
 A disfrutar un poco
 De la vida campestre.
 Por mi fe, que las migas,
 El pastoril albergue,
 El rigor del verano,
 Los hielos y las nieves,
 Le hubieran persuadido
 Mucho más vivamente.
 Que es un solemne loco
 Todo aquel que creyere
 Hallar en la experiencia
 Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FÁBULA XVII - El ladrón

Por catar una colmena
 Cierta goloso Ladrón,
 Del venenoso agujijón
 Tuvo que sufrir la pena.
 «La miel, dice, está muy buena:
 Es un bocado exquisito;
 Por el agujijón maldito
 No volveré al colmenar.»

¡Lo que tiene el encontrar
 La pena tras el delito!

FÁBULA XVIII - El joven filósofo y sus compañeros

Un joven, educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo,
Salió por fin a visitar el mundo.
Concurrió cierto día,
Entre civil y alegre compañía,
A una mesa abundante y primorosa.
«¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!»
El joven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
«Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hacerse a todo.»
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
«Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas, en fin, le decían, ya está muerto.
Pruébelo por su vida... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.»
La ocasión, las palabras, el ejemplo,
Y según yo contemplo,
Yo no sé qué olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al joven persuadieron de manera,
Que al fin se lo comió. «¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!»
Así clamaba, pero fríamente.
Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con más facilidad cayó de nuevo.
La ocasión se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz a una becada,
Llegó el joven, al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.

De esta suerte los vicios se insinúan
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazón de los humanos

Hasta ser sus señores y tiranos.
 Pues ¿qué remedio?... Incautos jovencitos
 Cuenta con los primeros pajaritos.

FÁBULA XIX - El elefante, el toro, el asno y los demás animales

Los mansos y los fieros animales,
 A que se remediasen ciertos males
 Desde los bosques llegan,
 Y en la rasa campaña se congregan.
 Desde la más pelada y alta roca
 Un Asno trompetero los convoca.
 El concurso ya junto,
 Instruido también en el asunto
 (Pues a todos por Júpiter previno
 Con cédula *ante diem* el pollino),
 Imponiendo silencio el Elefante,
 Así dijo: «Señores, es constante
 En todo el vasto mundo
 Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
 Los árboles arranco con la mano,
 Venzo al león, y es llano
 Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
 Abre sin duda brecha. A la batalla
 Llevo todo un castillo guarnecido;
 En la paz y en la guerra soy tenido
 Por un bruto invencible,
 No sólo por mi fuerza irresistible,
 Por mi gordo colete y grave masa,
 Que hace temblar la tierra donde pasa.
 Mas, señores, con todo lo que cuento,
 Sólo de vegetales me alimento,
 Y como a nadie daño, soy querido,
 Mucho más respetado que temido.
 Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
 Las que hacéis profesión de carniceras,
 Y no hagáis por comer atroces muertes,
 Puesto que no seréis, ni menos fuertes,
 Ni menos respetadas,
 Sino muy estimadas
 De grandes y pequeños animales,
 Viviendo, como yo, de vegetales.»
 «Gran pensamiento, dicen, gran discurso»;
 Y nadie se le opone del concurso.
 Habló después un Toro de Jarama:

Escarba el polvo, cabecea, brama.
«Vengan, dice, los lobos y los osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con qué donaire
Los haré que volteen por el aire.
¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
Pues ¿por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas, que alimentan
En los bosques y prados
A los más generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no, de la trompa al Elefante.»
La asamblea aprobó cuanto decía
El Toro con razón y valentía.

Seguíase a los dos en el asiento,
Por falta de buen orden, el Jumento,
Y con rubor expuso sus razones.
«Los milanos, prorrumpen, y los halcones
(No ofendo a los presentes, ni quisiera),
Sin esperar tampoco a que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del borrico.
Ellos querrán ahora, como bobos,
Comer la yerba a los señores lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De las chochaperdices o chorlitos,
Que, sin hacer a los jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra;
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar ni morder en lo viviente.»
«Necedad, disparate, impertinencia»,
Gritaba aquí y allí la concurrencia.
«Haya silencio, claman, haya modo.»
Alborótase todo:
Crece la confusión, la grito crece;
Por más que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desorden la asamblea.
Adiós, gran pensamiento; adiós, idea.

Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con más acierto
El Elefante y el Toro? No por cierto.
Pues ¿por qué solamente al buen Pollino

Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.

Pues, amigo Elefante, no te asombres.
Por la misma razón entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupación tan peligrosa!

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

